

obstáculo a la elegante agilidad y en posesión de un estilo hecho, como el color del agua, de su sola y líquida transparencia, Alfonso Reyes examinaba, a los dieciocho años, los agudos carrizos en que Mallarmé eternizó el soplo de su fauno cerebral y decadente. Posando sus labios tímidos sobre las huellas del dios, ensayó en esa avena sus primeros cantos. Después, con *Cartones de Madrid*, con *El Suicida*, con *Simpatías y Diferencias*, Alfonso Reyes dió prueba de la extraordinaria flexibilidad de su ingenio. Su destino consistió en anudar una cadena de compensaciones constantes. La sucesión misma de sus libros, recuerda la sabiduría con que el alpinista escala las alturas más difíciles, alternando la ascensión con el reposo, las obras con las pausas. Ha sido un animador. Su correspondencia, sus libros—¿y qué libro suyo no fué una carta abierta?—sus artículos de crítica, sus poemas mismos, incompletos si se quiere pero muy bien orientados, llevaron siempre esta dirección: recordar a todos los compromisos del espíritu, su fidelidad indeclinable.

Al lado de Alfonso Reyes, en los corrillos de la Escuela de Jurisprudencia, hervía la inquietud ingeniosa de Julio Torri, a quien—por la lucidez intelectual y la mordacidad de la ironía—sus compañeros habían puesto el sobrenombre de Hermano Diablo. Educado en la lectura de los mejores clásicos españoles o ingleses, el estilo en que Julio Torri escribía de